

# Georges Bataille. Soberanía y literatura

Julián Santos Guerrero\*

«Estaba solo, midiendo el alcance del mal: una tranquilidad interminable. ¡El exceso de anoche era en vano! La extrema lucidez, la obstinación, la felicidad (el azar) me habían guiado: *estaba en el corazón del castillo*, habitaba la casa del muerto y había franqueado los límites»<sup>1</sup>

Este fragmento pertenece a un relato, "Historia de ratas. (Diario de Dianus)" que forma la primera parte de un libro que Georges Bataille publicó dos veces en vida. La primera en 1947 bajo el título de *Odio de la Poesía*, la segunda vez en 1962 y titulado *Lo imposible*. El presente artículo será un breve comentario filosófico de este pequeño texto literario que no se encuentra ni al principio ni al final del relato, tampoco en su centro. Es, podría decirse, un trozo cualquiera dentro de la obra del autor, pero la escena que leímos en él se nos vino encima con una hipótesis excesiva por nuestra parte, exagerada, casi delirante: esas pocas frases son un resumen lapidario de toda la obra de Georges Bataille, su verdad filosófica. Su *corpus* como un exceso nocturno, no es sino el desvelado afán por llevar a la escritura y a la *experiencia* esa pequeña escena *interior* que ahora nos acoge. Un esfuerzo soberano de lucidez y de obstinación donde el azar es la guía, y su resultado algo que a los ojos de cualquier contable no iniciado en ese *Diario de Dianus* bien podría parecer estúpido, banal, si bien tal vez diera el tono de toda su obra: «¡El exceso de anoche era en vano!»

Después de esta advertencia será preciso situar el lugar y la escena:

\* Universidad Complutense de Madrid.

<sup>1</sup> BATAILLE, G., *Lo imposible*, trad. D. Jelenic, Madrid, Arena Libros, 2001, p. 72.

### «Estaba en el corazón del castillo»

El subrayado es de Bataille. El narrador se encuentra en el interior de un castillo al que ha ido a parar tras salir en busca de B., la mujer a la que ama y que le ha abandonado para acudir al castillo familiar junto con A., el otro personaje masculino que compone con ella y con el narrador el triángulo erótico en el que se mueve todo el relato. Allí, en el castillo, acaba de morir el padre de B., un «monstruo», un «loco diabólico» que ejercía un poder despótico sobre los miembros de la familia. Allí el «Comendador» (¿soberano?), aplicaba su crueldad con denuesto usando incluso la tortura física contra la hija y la madre (más adelante caerá el narrador en la cuenta de que el «incesto unía» al padre con B.). Toda esta perversidad se lleva a cabo con la ayuda de otro personaje, Edron, el guardabosques y mayordomo con quien el «monstruo» mantiene una «amistad contra natura» (también más adelante el narrador descubrirá «la clave»: «B., la joven (la pequeña), víctima de los dos monstruos»<sup>2</sup>).

El narrador teme por la vida de B. y quiere salvarla de las manos del padre; pero él mismo a su vez se encuentra enfermo, y aun así emprende aquejado de fiebre una marcha a pie sobre la nieve hasta el "castillo". A la postre le resulta "imposible", la noche se le echa encima y sucumbe al frío y a la debilidad. A. y B. lo encuentran casualmente, como un «bulto»<sup>3</sup> sobre la nieve, y lo rescatan de una muerte segura. En la escena del fragmento el narrador acaba de despertar en una habitación del castillo, débil, convaleciente. B. lo atiende y además le informa de que su padre ha muerto y está de cuerpo presente en una de las habitaciones contiguas. La casa es ahora, pues, también «la casa del muerto». La "casa del padre" lo es de un padre muerto: «habitaba la casa del muerto».

El *corazón* es el lugar donde la existencia y la propiedad toman límite, y ahora es el lugar de una suplantación. Pared con pared con el muerto, el *corazón* viene a señalar el lugar de un duelo, la desgarradura íntima, el más allá del paso, del *pas* (*paso*, pero también *no*, partícula negativa francesa) que ha franqueado el límite entre la vida y la muerte: sístole, detención, interrupción, colapso del muerto al otro lado de la pared; y diástole, paso a través, a través de los bordes del castillo, a través del trance de muerte, de aquel estado de «bulto» inane sobre la nieve del que fue salvado *in extremis* por el azar del encuentro con B. y A. («habitaba la casa del muerto y había franqueado los límites»). Límite franqueado, saltado por encima para hallarse ahora "dentro", en el interior, convaleciente herido, y en cierto modo suplantando al muerto.

El corazón es, pues, la ranura por la cual se percibe con «extrema lucidez»

<sup>2</sup> BATAILLE, G., *Lo imposible*, op. cit., p. 76.

<sup>3</sup> BATAILLE, G., *Lo imposible*, op. cit., p. 67.

el desfallecimiento de los esfuerzos, el final de las acciones encaminadas a los fines que la muerte sume en la decepción, y en ese sentido, final de la inteligencia también<sup>4</sup>. Si la soberanía tiene un tópico por excelencia es la figura del «castillo». Y asimismo el *corazón* (ahora el *corazón del castillo*) toma la posición central del espacio soberano, él da al cuerpo su corriente vital, es el nudo por donde discurre todo el fluido que transporta la vida y, como es sabido, de modo independiente de la voluntad del sujeto. Late porque quiere y se detiene sin dar explicaciones. El corazón es entonces el fin y el paso, el límite mismo de una diferencia entre la vida y la muerte, entre la detención y la marcha, latido gratuito de una musculatura que abre y cierra, que bombea y se para sin más: el corazón del castillo es *la soberanía de la soberanía*.

La situación es cuando menos curiosa. Ahora, en el interior de los muros, el narrador conoce que el padre, el «Corregidor» cruel, estaba muerto y que él, la voz de este relato, enfermo, resulta ser el agente-paciente de una *experiencia interior*, del paso de un borde o de un límite (*ex-peri*) que se traspasa hacia adentro. Él ha pasado al interior del castillo, pero no por sí mismo. En cierto modo ha sido traspasado por otro, llevado al interior de ese castillo-cripta por medio de los otros (B. y A. que lo trasladaron cuando "por azar" lo encontraron inconsciente bajo la nieve), transportado en su desfallecimiento.

Continuamente nos las vemos ya con figuras del ἔχσταις, transporte, rapto, y aprendemos así que en el texto hay relación con otras "interioridades" y con otros castillos o con otros modos de castillo. Con los castillos del Marqués de Sade, por ejemplo, autor que tanto interesó a Bataille. Castillo donde los libertinos se encuentran para dar rienda a su libertinaje (recordemos los muchos pasajes de castillos en la obra sadiana. Aquel, por ejemplo, donde el libertino "monstruoso" Minski «ejerce todos los derechos de soberano», que podemos leer en *Juliette*<sup>5</sup>) y que es un recinto de exceso en el que, más allá de sí, cada uno de los habitantes opera la ligadura a través de su desgarró interno: *muerdo porque no muerdo*.

El castillo es un espacio místico en cuanto lugar de una *experiencia* límite o del límite, exceso de sí, de todo sí. *Castillo interior* recorrido de infinitas moradas<sup>6</sup> entre las cuales se confunden los itinerarios de manera laberíntica y en cuyo seno se experimenta un vivo encuentro con la más íntima alteridad. Aunque es preciso observar que aquí esa alteridad no es ningún *alguien*

<sup>4</sup> «La cima de la inteligencia es a la vez el desfallecimiento», BATAILLE, G., *Lo imposible*, op. cit., p. 73.

<sup>5</sup> Puede leerse este pasaje al final de la Parte Tercera de *Histoire de Juliette*, versión española en SADE, Marqués de, *Juliette*/ 2, trad. Pilar Calvo, Madrid, Fundamentos, 1978, pp. 196 a 221.

<sup>6</sup> Es clara la referencia a Santa Teresa de Jesús, autora de uno de los dos lemas con los que Bataille encabeza el libro: «Durante esta agonía, el alma se inunda de inexplicables delicias.» El otro lema es de Santa Catalina de Siena.

(recordemos que la casa lo es de un muerto), ni siquiera un *algo*, alguna cosa, porque el corazón, el «corazón del castillo», es una herida, una esencial oquedad, una falta que, justamente por su vaciedad, posibilita la comunicación. El corazón es el lugar de paso a través del cual el interior deja de ser "interior" para ser pasaje, traspaso, tránsito, transparencia y trascendencia también: exterioridad. Es un lugar de pérdida en el que se han perdido los caracteres de la propiedad. Es una interrupción, una separación, un corte; pero asimismo un espacio de comunicación íntima, de encuentro: pared con pared. («Sucumbo: A. y yo, junto a B, en un castillo místico...»<sup>7</sup>). Sístole, diástole.

Veamos ahora cómo se ha llegado hasta aquí:

### **«La extrema lucidez, la obstinación, la felicidad (el azar) me habían guiado»**

De nuestro comentario al pequeño fragmento literario de Bataille seguramente han quedado más preguntas en el aire que respuestas; puede que sea preciso no hablar tanto ni tan deprisa, tal vez haya que detenerse en muchas de las frases que hemos dejado atrás. Seguramente, y para comenzar, en todas aquellas que contienen la palabra "soberanía" o "soberano".

Ante todo urge decir que cuando Bataille escribe "soberanía" no se refiere, o al menos no está en el primer plano de su punto de vista, a aquella soberanía que define el derecho internacional y que se aplica a los Estados, a los pueblos o a las naciones<sup>8</sup>. Así, de continuo puede leerse en sus escritos esta palabra aplicada a una operación, «la operación soberana», a una acción humana o no, incluso a un objeto, «el objeto soberano». También el «ser soberano» o «la figura del soberano». Y hay conductas que son soberanas y otras serviles. La soberanía es en general una condición de cuanto acontece, podríamos de decir que es una condición del darse de las cosas. Venir a ser lo es soberanamente. No obstante lo anterior, es cierto que en la mayor parte de las ocasiones Bataille emplea esta palabra para referirse a un tipo especial de acciones que definen una existencia humana como *existencia soberana*. En este sentido, podríamos encontrar como sinónimos de soberanía la "experiencia interior", el "extremo de lo posible" o la "subjetividad profunda", términos que vienen a subrayar su carácter de "interioridad".

De esta manera, cuando se aplica la noción de soberanía a eso que desde un enfoque político se entiende como la posesión de una autoridad con carácter

<sup>7</sup> BATAILLE, G., *Lo imposible*, op. cit., p. 74.

<sup>8</sup> «La soberanía de la que hablo tiene poco que ver con la de los Estados, que define el derecho internacional. Hablo en general de un aspecto opuesto, en la vida humana, al aspecto servil o subordinado». BATAILLE, G., "La souveraineté" in *Œuvres complètes de G. Bataille*, t. VIII, Paris, Gallimard, 1976, p. 247. (La traducción es nuestra).

supremo, incondicionado e independiente, como poder objetivado en alguien, este o aquel personaje, el Pueblo, el Rey soberano, el Emperador, o incluso, Dios, no es sino por proyección, vulgarización, o cosificación de la soberanía, y que en un sentido muy específico la disfraza o la camufla, hasta el punto de hacerla irreconocible a través de estas figuras. Y más aún en una época no soberana, en un tiempo actual en el que la soberanía asusta y aquellos que la ejercen son considerados "culpables".

Para comprender más es preciso entonces profundizar en esa *experiencia* de la soberanía como *experiencia interior*. Se impone perderse un poco, demorarse, para entrar en aquel "interior" del castillo. Aunque ese desvío trae consigo un esfuerzo es, sin embargo necesario: no se puede ir directamente al corazón de la soberanía, es preciso dejarse guiar por el azar, desviarse no obstante con una lucidez y una obstinación sin límites, porque hablaremos del azar no como el subterfugio al desconocimiento o la incapacidad para controlar la multitud de factores intervinientes en un proceso, no del azar gnoseológico, sino de una arbitrariedad absoluta, ontológica, imposible.

De hecho, la *experiencia interior* es una extraña operación para el filósofo. Experiencia, *ex-peri*, decíamos: atravesar un cierto límite (πέρας), franquearlo. Un límite interno. Para Georges Bataille, el límite que separa lo posible de lo imposible: experiencia por tanto de o en el más allá de lo posible.

Eso que llamamos *posible* es un constructo efectivo de valores, de jerarquías, de relaciones de fuerzas que se interactúan. Lo posible es aquello que puede darse cuando han sido puestas las condiciones de posibilidad, y toda condición de posibilidad es un pro-yecto, un pre-supuesto de la acción o de lo que acontece. De algún modo, por tanto, cuando ocurre lo posible es siempre ya una repetición, un momento de segundo orden que ratifica, ejerce o actúa lo ya dado en aquellas condiciones que lo hacen posible, lo que viene dado en "sus condiciones" de posibilidad. El acto posible es, pues, un acto condicionado, de aquí que por consecuencia, «un viaje hasta el límite de lo posible» (y ésta es ya una definición de la *experiencia interior*<sup>9</sup>), implica un viaje, una marcha, hacia lo incondicionado, esto es, hacia eso que toca lo imposible, lo que rompe con toda condición previa de posibilidad y que no se deja determinar por ningún proyecto y ninguna finalidad. *Lo sin finalidad*.

Ahora bien, esa *experiencia* extraña para un filósofo (y pronto veremos su extrañeza) es "interior"; no desde luego porque se dirija hacia ese entramado de acciones requeridas, de deseos más o menos insatisfechos, de pensamientos que bullen en la conciencia y que tienen en común el tono uniforme del yo, el diálogo interior en el que él mismo quiere reconocerse (*cogito, ergo sum*). Más bien aquel "interior" al que se refiere la apelación es otro "interior". Es viaje hacia

<sup>9</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, trad. F. Savater, Madrid, Taurus, 1973 (reim. 1989), p. 17.

un límite "interno" en tanto que se opone a toda finalidad, a todo *pro-yecto*, a todo *pre-supuesto* entendido ahora como dirección hacia "afuera", a un objeto como tal *ob-jectum*, incluso a un objeto de pensamiento. Ese "interior" borra la direccionalidad, la transitoriedad, la "tensión *hacia*" que marca el horizonte del sentido. Es, entonces, una singladura que da la espalda a cuanto mira hacia el "exterior", a cuanto se encamina y orienta hacia el gobierno de las cosas, al orden de las cosas, a cualquier *ob-jectum*, ya sea percibido, imaginado, querido, poseído, concebido, posible.

Esa *experiencia* quiere serlo, así, del desbordamiento de aquellos horizontes que encierran el marco de lo posible con su orden de leyes objetivas, de la causalidad (eficiente, final, formal o material), con el orden también de una lógica que se acopla al "mundo exterior de las cosas", de los objetos posibles, de cualquier "posible" del objeto. En resumen: en esta nomenclatura, "exterior" supone por tanto una intencionalidad, el *hacia dónde* o el *para qué* de la *experiencia*. Quiere decir "experiencia *de algo, para algo*", mientras que "*experiencia interior*" dice la interrupción de todo *algo* y de todo *para algo*, la interrupción del "orden de las cosas", de ese ordenamiento *hacia*, del proyecto, de esa linealidad que somete las acciones al juego transaccional: lo uno para lo otro, esto para aquello, uno por otro. La experiencia interior no tiene más finalidad que ella misma: ni la ciencia, ni el saber, ni el gozo estético, ni la bondad. Sólo el darse de la experiencia, y si Dios es el determinante último de las finalidades, de las causas, salvaguarda del orden de las cosas, si es el garante de lo posible, para Georges Bataille entonces la *experiencia interior* resulta ser *ateológica*.

Nos encontramos con un fenómeno extraño en el seno de la filosofía, en el orden luminoso del saber; una carta que no encaja, que no cuadra, como no puede encajar *lo imposible* en el orden causal de las cosas o, sin más, en ningún orden de cosas. Es indudable que tiene trazas de insensatez, que se ve alcanzado, diríamos, de una estupidez sin límites. De ahí el eco de los desgarradores párrafos que el autor entrevera en la concienzuda reflexión sobre la *experiencia interior*: «Irrisión! ¡Que me llamen panteísta, ateo, teísta!... Pero yo grito al cielo: "no sé nada"»<sup>10</sup>. Ahora bien, esa estupidez resulta preñada de un punto de luz, de un punto extremo por el cual el hombre, dice también Bataille, escapa a su «cegata estupidez». Y ese punto extremo, punto de luz, viene a ser el descosido del mundo, el roto en el tejido de las cosas por el que ellas muestran su desapego, su escape de las fuerzas orbitales que las determinan a girar entorno a un centro: el ser.

Al mirar por el punto extremo, por el descosido, no se borran los conocimientos particulares ni se suprime el pensamiento, de hecho esa experiencia

<sup>10</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 45.

está conducida por la razón discursiva, ya que la razón contiene las posibilidades de su propio hundimiento. No se suprime la razón, sólo se le quita su sentido último y justificatorio: todos los conocimientos se sumergen en la extraña lucidez de un *sinsentido*. Y ese *sinsentido* toma al hombre de cuerpo entero: cuanto acaece lo hace sin sentido y en ello se afirma, se da, más allá de toda linealidad causal, de toda línea, de todo orden lógicolíneal, de todo limen. Límite de lo posible.

Se trata de *experimental*, traspasar, desbordar el límite, el extremo, y así, de dejarse coger por el sinsentido radical de *lo* que se piensa, de *lo* que se siente, pero también de *lo* que vive, de *lo* que existe. Sin que ese "*lo*" venga a erigirse como sujeto entero, de una pieza, resuelto, ni tampoco en un agente idéntico a sí mismo e, incluso, tampoco en el agente de una acción.

Dicho de otro modo:

«La experiencia interior, no pudiendo tener su principio ni en un dogma (actitud moral), ni en la ciencia (el saber no puede ser ni su fin ni su origen), ni en una búsqueda de estados enriquecedores (actitud estética, experimental), no puede tener otra preocupación ni otro fin que ella misma.»<sup>11</sup>

Al no ser, en el sentido más tradicional, una experiencia de conocimiento, el conocimiento de la misma deja de ser del todo formalizable, designable, nombrable propiamente; lo cual suministra al discurso sobre ella una cierta metaforidad, un tono de desvío y de giro trópico, literario, casi irónico que a veces exaspera al mismo Bataille. En este caso, para dirigirse a ella es preciso no andar hacia ella; para nombrarla hay que bordearla, dar un rodeo por cualquier parte, por cualquier párrafo escrito, utilizar incluso un nombre sin sentido, un nombre que deja de ser un nombre porque su designación cae siempre en la arbitrariedad de la imposición y, por ende, en la perfecta posibilidad de ser sustituido por cualquier otro. Y ese párrafo de *Lo imposible* que encabeza el presente escrito bien podría ser otro, cualquier otro si lo miramos desde el descosido del mundo, desde esa noche en la que todo esfuerzo es en vano. De hecho en *Sobre Nietzsche* Bataille lo llama *pal*: «no quiero hablar ya de *experiencia interior* (o mística), sino de *pal*.»<sup>12</sup>

Por *inaprensible*, por *inmostrable* y, más aún, por *indemostrable*, la *experiencia* mantiene un cierto "in" que sin embargo conecta con la herida que, para Bataille, fondea la vida humana, la existencia; un principio sin principio podríamos decir: «Existe en la base de la vida humana un principio de insuficiencia»<sup>13</sup>. Lo que, por otra parte, no quiere decir que esa carencia en (de)

<sup>11</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 16.

<sup>12</sup> BATAILLE, G., *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte*, trad. F. Savater, Madrid, Taurus, 1972 (reimp. 1989), p. 85.

<sup>13</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 90.

el principio empuje a la existencia hacia la búsqueda de una completitud, como un motor que la moviera hacia una consumación o un cumplimiento, sino por el contrario, más bien la deja flotando en la falta permanente, sin un horizonte de la acción, errante en un creciente grado complejidad (de complejidad racional también) que asimismo aumenta el grado de pérdida, de desvío, *insuficiencia* permanente («*No lo bastante!*»<sup>14</sup> grita con desespero) como una herida *infectada* que no cierra. La *insuficiencia* es, pues, un límite a la completitud, a la totalidad, al cumplimiento, y por ello resulta *inacabable*, *interminable*. La *experiencia interior* es la experiencia de ese límite interno, de un límite *interminable* y consiguientemente *indeterminable* también:

«Puedo coherentemente admitir que a partir de una extrema complejidad, el ser impone a la reflexión *más* que una aparición fugitiva; pero la complejidad, elevándose de grado en grado, es para ese *más* un laberinto donde se pierde inacabablemente, se pierde de una vez por todas.»<sup>15</sup>

Lejos de ser una insuficiencia que somete a la existencia haciéndola famélica, hambrienta de ser, timorata de perder lo que tiene o avariciosa por acumular lo que aún no posee, aquella insuficiencia de la *experiencia interior*, *no lo bastante*, es derrochadora, expansiva, insensata, convulsa en extender la falta, el azar, hasta la extenuación, fascinada por el límite interno, hasta el colapso fatal. Como la risa. Y como no se deja gobernar por nada que no sea ella, por su sin gobierno, la *experiencia* es soberana, da origen, genera el valor desde su sin-valor. En ese sentido, escribe Bataille: «La experiencia interior es en sí misma la autoridad.»<sup>16</sup> Lo que no quiere decir que sea ésta una forma de autoconocimiento, de autoafirmación o de afirmación del *autos*. No es la prueba irrefutable del autodomínio del hombre, ni siquiera de la fundación del sujeto que se presenta ante sí mismo. Cuando se dice que ella es la autoridad, se está diciendo que da lugar a una jerarquía, que establece las relaciones entre las cosas, pero también que lo hace a partir de su desgarradura interior, de su sinsentido y de su fracción interna, porque ella no es gobernable ni gobernante, no es voluntaria en el sentido de algo causado por un querer subjetivo. Abre el poder, la autoridad, desautorizando toda subjetividad y toda substancialidad, toda forma también de “autos” y de poder.

Se ha expuesto hasta aquí el *dónde* de la escena y se ha señalado el trayecto ideológico-vital que ha llevado al narrador hasta allí. Se describe ahora el *modo* de esa experiencia.

<sup>14</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 68.

<sup>15</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 92.

<sup>16</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 18.



«Estaba solo, midiendo el alcance del mal: una tranquilidad interminable»

Ha hecho falta un rodeo para encontrarnos con esta otra afirmación: la soberanía es *experiencia interior*. La acción soberana se afirma en la mera donación de su querer, sin más finalidad que darse ella misma, y no debe confundirse con el ejercicio político de la autocracia, del poder del *autos*:

«Si he hablado de soberanía objetiva, nunca perdía de vista que la soberanía no es jamás objetiva verdaderamente, que ella designa, por el contrario, la subjetividad profunda. [...] La soberanía no es objetiva sino en respuesta a nuestra torpeza que no puede llegar al sujeto sino poniendo algún objeto que a continuación negamos, que negamos o que destruimos.»<sup>17</sup>

Es evidente que esta noción de soberanía pivota así entre el juego de unas dobles parejas: entre interior y exterior, subjetividad y objetividad. Ella misma no es sino una línea fronteriza entre ambas.

En principio, hemos visto, Bataille separa lo *exterior*, es decir el orden de las cosas, de los objetos vistos y mirados por un sujeto, del *interior*, la "subjetividad profunda" donde tal vez podría darse aquella *experiencia* de la que hemos venido hablando. Desde la óptica de la tradición racionalista de la filosofía occidental, entre ambos, sujeto y objetos – señala Bataille –, se establece una relación de posesión o de subordinación que el sujeto impone a las cosas. Esta relación sólo puede tener a aquél como origen, dado que en el orden primario de las relaciones de fuerzas que constituyen las cosas, éstas sólo conforman relaciones que no pasan de ser dependencias seriales, de causa, de tiempo, de espacio, etc.; y en una red de relaciones seriales no hay preeminencias ni subordinaciones. Las jerarquías sólo tienen su origen en una subjetividad que percibe y prescribe un mundo de objetos en rededor como un mundo de cosas exteriores arrojadas (*jectum*) ante (*ob*) ella o, lo que viene a ser igual, de cosas que están definidas por la función que toman en provecho de dicha subjetividad.

Las cosas lo son como útiles del y para el sujeto. Y el principio de utilidad no es sino un correlato del de causalidad (causa final), de modo que los objetos dados en el mundo lo son en cuanto serviles al sujeto: «Así, maquinalmente, el conjunto de las cosas, y más generalmente, el conjunto de los seres, me aparecen sobre el plano de objetos *serviles*.»<sup>18</sup>

Estas relaciones de subordinación son el modo en que «maquinalmente» el sujeto se representa la objetividad, el "exterior". Las cosas lo son sólo y en la medida en que son concebidas como objetos de uso, utensilios u objetos

<sup>17</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, p. 283.

<sup>18</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, p. 284.

serviles para el sujeto. Sin embargo, más detenidamente, Bataille concibe el sujeto no como un ser aislado, no como una entidad sustantiva y estanca, sino más bien como una relación, como un trasiego inmerso en el flujo de fuerzas que constituyen formas de comunicación: («El "sí mismo" no es el sujeto que se aísla del mundo, sino un lugar de comunicación, de fusión del sujeto y el objeto.»<sup>19</sup>). El hombre es ser-con, ser en relación. Así incluso, en relación, es cómo el sujeto se constituye como un "sí mismo". Sí mismo es "consigo mismo" («El sujeto es el ser *como aparece para sí mismo desde el interior*»<sup>20</sup>).

Y bien, es justamente allí donde se trasluce aquella falta o insuficiencia, esa desgarradura que más arriba se exponía como un principio básico. De hecho, la presencia consigo del sujeto viene marcada, en cuanto génesis constitutiva de la subjetividad moderna, por el poder del instante dislocado, por el reconocimiento de sí o del sí ante sí mismo que sólo es posible a partir de una fractura o de un espaciamento interior que fracciona y divide de manera previa a su constitución cualquier entidad identitaria. El sujeto es para Bataille un sujeto fraccionado y constituido por el cruce de relaciones de fuerza que lo ponen en un mundo y que hacen del "sí mismo" una multitud irreducible a la unidad.

Así pues, mirado desde ese interior, en el interior de la relación consigo de toda subjetividad se halla un corte, una finitud, una falta decíamos antes, que interrumpe no obstante toda continuidad. O dicho de otro modo, visto «desde el interior» un sujeto es una multitud; pero si se enfoca más el punto de vista, se encuentra aquella brecha o esa herida, el "punto extremo" de la insuficiencia humana al que van a parar todos los afluentes de relación: nos encontramos con una irremediable separación, con un corte – *se-cernere* (de ahí *secreto*) – que abre en canal la subjetividad, que la desgarrar, es decir, que entromete una discontinuidad, una falta de relación en la relación *auto*constitutiva de cualquier subjetividad. Esto es lo que Bataille siguiendo a Nietzsche llama «un *desierto* y una multitud», una pluralidad y al tiempo la terrible soledad de *nadie*, en la cual ni el sujeto mismo se hace compañía; sin *nadie* en un interior donde el desajuste interno hace posible, y al tiempo imposible, la mismidad identitaria. Bataille comenta ahora a Nietzsche: «Ese mandato tan sencillo: "Sé tú ese océano", que une con el *punto extremo*, hace justamente de un hombre una multitud y un desierto.»<sup>21</sup>

Hay muchos hombres dentro de cada humano, hasta el punto que vuelve problemática la expresión "cada uno", porque ser hombre es ser desajuste interno, desgarrar. Es preciso contar con esa fractura insaturable como una *imposibilidad salvaje*, ingobernable, ante la cual la razón discursiva es solamente la máscara de un orden que le confiere cierta estabilidad. El ser humano (o el

<sup>19</sup> BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 19.

<sup>20</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", op. cit., p. 283.

<sup>21</sup> Ver BATAILLE, G., *La experiencia interior*, op. cit., p. 38.

ser en general) resulta un cruce de intensidades variables que flotan en el abismo oceánico de la suerte, puesto en juego desde el interior, a través de una irresoluble herida, de un impenetrable desierto donde todo es pura errancia, choque de azar o, por darle una formulación más nietzschena, «una tirada de dados»: «Vivir – dice Bataille – es lanzar los dados locamente, pero sin retorno.»<sup>22</sup>

Más allá de cualquier valoración moral, en la pura afirmación del devenir, desde ese punto extremo el hombre toma la medida de su existencia sin la atenuante de quien comparte responsabilidades. La brecha del azar, el azul del cielo, el desierto, o la oceánica infinitud, son los nombres que toma aquella soledad desértica sin *nadie*, la desnudez más absoluta, donde se hacen más visibles los pliegues, las honduras, las hendiduras del cuerpo: en el cuerpo a cuerpo, donde discurren lentamente las dulces caricias, en calma, «tranquilidad interminable», y donde también se dan, de un tajo, las horribles cuchilladas. Esta infinita soledad, que afecta a una subjetividad profunda donde se juega la soberanía, es la clave para comprender el doble papel de separación y vínculo comunitario que desempeña esta noción. Bataille habla a modo de ejemplo de la "comunidad de los amantes":

«La suerte de los amantes es el mal (el desequilibrio) a que obliga el amor físico. Están condenados inacabablemente a destruir la armonía entre ellos, a luchar en la noche. Al precio de un combate, por las heridas que se hacen, así es como se unen [los amantes].»<sup>23</sup>

Aquel juego exterior-interior (finalidad sin finalidad) marca también la relación del sujeto con su cuerpo en la tradición occidental, lo sitúa ante él como la representación de un objeto subordinado que se expone en su exterioridad, como un útil del que se sirve como propietario; pero ahora el sujeto sabe que "aquello" no es sino la muestra sintomática de una realidad más profunda que desposee desde su *interior* a una subjetividad desgarrada, herida; y su mirada al *exterior*, a su cuerpo, es sólo el reflejo de su distancia *interior*, de su fractura consigo mismo. Este argumento lo traslada Bataille a los otros, a los otros sujetos. Desde aquí la mirada que se lanza al otro para ver en él un *semejante*, no es ya la que se pone sobre un simple objeto entregado a la relación de subordinación, sino la que mira el continente de un íntimo "para sí mismo" semejante al del agente de la mirada, herida frente herida, otro modo de descubrimiento de sí:

«Así el *otro* nos aparece, en el comienzo, como exterior a nosotros, pero al mismo tiempo nos es dado, por una representación compleja, de la misma

<sup>22</sup> BATAILLE, G., *El culpable*, trad. F. Savater, Madrid, Taurus, 1974 (reimp. 1986), p. 92..

<sup>23</sup> BATAILLE, G., *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte*, op. cit., p. 80.

manera que él aparece a sí mismo, en el interior, y es como tal que lo amamos, como tal nos esforzamos en alcanzarlo.»<sup>24</sup>

El *otro* es, pues, un *semejante* en tanto que sobre él se proyecta el mismo modo de descubrimiento de sí que hace el sujeto en su intimidad, la misma "herida". Esta "semejanza" sirve a Bataille como palanca explicativa para poder ver la soberanía como fuente de "hermandad" y asimismo para elevar a un *otro*, en concreto al Soberano, como la objetivación de la soberanía de cada uno que no es ejercida o que se encuentra alienada en el mundo del trabajo, en el orden de las finalidades (la parte de su tiempo y de su energía vital usada en la actividad laboral, servil, en beneficio de algo o de alguien).

El soberano no es sino la figura objetivada de las soberanías de los sujetos que ven en él no a quien les subordina o subyuga, sino a alguien en quien *se reconocen* como seres soberanos. La subordinación al soberano que vemos en las culturas tradicionales no es más que el modo que toma esa "objetividad" en una cultura que se empeña en ver las cosas "objetivamente", y que ha canonizado esa mirada mediante la cual el hombre se aproxima a todo, incluso a sí mismo. Pero visto desde el punto de vista de la "subjetividad profunda" podría decirse que:

«el soberano es para él la existencia interior – la verdad profunda – con la cual se relaciona una parte de su esfuerzo, esa parte que él refiere a otros distintos de él. De alguna manera el soberano es el intermediario entre un individuo y los otros. Él asume a los ojos del individuo el sentido de los otros.»<sup>25</sup>

Esta "hermandad" del soberano le da un papel de vínculo, de nudo, de comunicabilidad y al tiempo, así lo quiere ver Bataille, de excepcionalidad singular, de intocable soledad: la vida del soberano es la soberanía de la vida misma objetivada en una figura.

### «Habitaba la casa del muerto y había franqueado los límites»

Por un lado, la figura del soberano recoge la representación de los instantes soberanos de cada uno de los sujetos, por ello se trata de un *semejante*, ya que es visto como subjetividad, como la subjetividad de cada cual, incluso en su estado puro, no alienada, *experiencia interior*. Pero por otra parte o, si se quiere, en la misma parte, es el diferente, la excepción misma; no sólo porque es la excepción ante la vida de labor servil que el hombre desempeña, sino también

<sup>24</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, p. 283-284.

<sup>25</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, p. 285-286.

porque la soberanía misma se define esencialmente como *lo milagroso*<sup>26</sup>, esto es, aquello «donde la espera se resuelve en NADA»<sup>27</sup>. Es la figura de la *experiencia interior* como experiencia del instante de ruptura con lo posible, como viaje al límite de lo posible. «Lo soberano es esencialmente el milagro»<sup>28</sup>, lo excepcional en sí, inesperado, lo que rompe el horizonte de expectativa, lo que corta toda concatenación, ya sea temporal, causal, calculística, racional, argumental, etc. Es lo excepcional mismo.

El hecho de ser "como todos" recoge en la figura del soberano la excepcionalidad de cada cual y hace que pueda ser *reconocido* por todos como la proyección exterior de su íntima soberanía; por eso el soberano no trabaja, se limita a consumir, dilapida el trabajo de los otros, gasta el reservorio de soberanía alienada y convertida en fuerza de trabajo de los demás: disipa con ello la alienación misma. Acopia las fuerzas del trabajo aniquilando el "capital" producido, porque está por encima de los afanes de los hombres, de sus esperanzas y de sus utilidades, de su funcionalidad. Por encima de ellos, sus prohibiciones no le afectan, es trasgresión absoluta, ha franqueado los límites: de ahí su semejanza con el animal, dado que éste no respeta la ley y, al igual que el soberano, sobrepasa el límite que una razón o una ley pudiera imponerle. Como también ha mostrado Derrida<sup>29</sup>, hay un vínculo denso e irreducible entre soberanía y animalidad, incluso ferocidad. Como puede verse, el hecho de ser "como todos" hace también de él un "contra todos".

De igual modo ocurre con su subjetividad: a fuerza de ser sujeto como los demás, incluso, a fuerza de ser *más* sujeto que los demás, de ser la «verdad profunda» de su existencia interior, el soberano deviene la representación objetiva de esa verdad, y como tal representación objetiva *resulta ya exterior*, aunque sea debido a esa «respuesta a nuestra torpeza que no puede llegar al sujeto sino poniendo algún objeto que a continuación negamos, que negamos o que destruimos». De cualquier modo, habría que pensar, esa «torpeza», ese desvío por fuera, por la exterioridad, como algo necesario, y así lo reconoce el propio Bataille, ya que el «primer soberano», es decir, aquel en quien se fija la soberanía (más allá del hombre de Estado o del jefe guerrero) como figura de la soberanía de todos: «lo que debía manifestar al exterior era una verdad interior. Y era en las condiciones del profeta o del santo que prueba su carácter divino mediante *milagros*, donde la eficacia exterior de la *santidad subjetiva* aparece.»<sup>30</sup>

<sup>26</sup> «Más lejos que la necesidad, el objeto del deseo es, humanamente, el *milagro*, es la vida soberana, más allá de lo necesario que el padecimiento define» Y más adelante: «Si lo soberano es esencialmente el milagro (...)» BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, pp. 249 y 251.

<sup>27</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, p. 254.

<sup>28</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, p. 251.

<sup>29</sup> Cf. DERRIDA, J., *Seminario La bestia y el soberano, vol. 1 (2001-2002)*, trad. C. de Peretti y D. Rocha, Buenos Aires, Manantial, 2010.

<sup>30</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.*, p. 291.

Por más «repuesta a nuestra torpeza» que Bataille quiera considerar, por más “mal menor” que deba ser, lo cierto es que esa «verdad interior» tiene que ser expuesta al exterior para ejercer su eficacia. No basta sólo con que la intimidad se opere en la subjetividad individual para que se unja al soberano. Es preciso que se *manifieste* su soberanía en acciones exteriores: «lo que importa no es por otra parte que él [el soberano] lo quiera, sino que lo pueda y que, pudiéndolo, *manifieste* su poder»<sup>31</sup>.

Y es que efectivamente a Bataille se le impone esa necesidad igual que se le imponen las figuras “tradicionales” de la soberanía aunque su tratado sobre la soberanía comience con aquella frase rotunda: «La soberanía de la que hablo tiene poco que ver con la de los Estados que define el derecho internacional.» A la soberanía le es necesaria la “exterioridad”, su operación entre los objetos y su «situarse delante» de los sujetos, aunque aquello signifique relación de dominio y subordinación.

Sólo por ese carácter fronterizo o liminar que tiene la soberanía puede ésta permitir el paso entre la subjetividad profunda, interior, herida, y la objetividad de los fines, exterior; entre el “ser como todos” del semejante y el “contra todos” del excepcional, entre la soledad desértica, sin *nadie*, y la hermandad comunitaria. «El soberano es, dice Bataille, desde el principio ese lugar de contradicción: encarnando al sujeto, es su aspecto exterior.»<sup>32</sup>. No es de extrañar que a renglón seguido añada: «Pero esto no es completamente verdadero». En efecto, no puede ser verdadero «completamente», pero no en exclusiva por lo que declara Bataille, esto es, que la soberanía se da sólo interiormente y por tanto sólo se transmite en «comunicación interior», sino además porque esa interioridad del soberano no puede ser concebida ya sin «*manifestación exterior*», sin desvío o sin juego trópico.

Todas las dificultades del discurso batailleano, sus titubeos y continuas alusiones al “sí pero no”, al “interior exterior”, las repetidas matizaciones del tipo «pero esto no es completamente verdadero» o «pero en un sentido esto no es verdad sino aparentemente» (adversativas que llenan el escrito sobre la soberanía)<sup>33</sup> se derivan de la problemática posición de la soberanía misma como noción en el discurso, de su doble estatuto de límite, de corte y de vínculo. Se derivan de la lógica que ella desencadena y que enlaza y reúne lo que asimismo separa, rompe, fracciona.

<sup>31</sup> BATAILLE, G., “La souveraineté”, *op. cit.*, p. 290.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> Sin ir más lejos, estas dos citadas se encuentran en la misma página (p. 290) pero se pueden seguir gran cantidad de ellas hasta terminar el libro con una confesión en las siguientes frases: «Llegando al final de esta obra cuyo encaminamiento no lleva sino al punto alejado donde el pensamiento se pierde, experimento un sentimiento de disgusto. ¿No habré perdido a mis lectores? Mi preocupación designa una región indefinible a la cual es en vano quererles llevar.» BATAILLE, G., “La souveraineté”, *op. cit.*, p. 486.

*No puede pensarse una soberanía sin la exterioridad, sin la manifestación, sin la figura que de inmediato la desmiente.* Lo que viene a decir que, incluso al designar la soberanía por medio de la desgarradura interior de la existencia subjetiva, su designación no sea más que otra forma trópica. O lo que es igual: la soberanía necesita de las figuras porque en rigor *no tiene sentido propio*. Toda lo que se dice de la soberanía es en base a un discurso ineludiblemente desviado. De cualquiera de sus figuras puede decirse, pues, que no es "el verdadero soberano", porque, sencillamente, no hay "verdadero soberano" en el sentido de aquello que poseyera un núcleo original, esencial y propio de soberanía en sí al que pudiera referirse. De ahí, entonces, su imposible resolución en una filosofía o en un saber, y por ello su necesaria referencia trópica e, incluso, literaria: «Defino la soberanía sin mezcla: *el reino milagroso del no-saber*.»<sup>34</sup>

Dicho en otras palabras, literalmente: *«la soberanía no es NADA»* y su sujeción a una cosa es tan imposible como necesaria<sup>35</sup>; de donde el conocimiento de ello es siempre por desvío y contagio de sujeto a sujeto<sup>36</sup>. Sin embargo, el contagio de eso que no es NADA es el mecanismo que construye la comunidad donde lo soberano es el vínculo emocional y comunicativo entre seres separados, rotos, fraccionados. De aquí que una verdadera comunidad o, simplemente, una comunidad, sólo pueda ser como comunidad por aquella NADA que se zafa al saber. Secreta, pues, sin finalidad, acéfala. Esto no quiere decir que sólo haya comunidades secretas, sino que lo que la comunidad tiene de aglutinante es justamente el secreto que la destruye internamente, el punto de separación que todo humano tiene también consigo mismo y con el otro. Comunidad de seres separados que se comunican por contagio: como los amantes, que se unen por las heridas y se besan en la noche, y sus bocas son ese límite interno que, en su pasión, les destruye: «Así la soberanía celebra sus nupcias con la muerte.»<sup>37</sup>

### «¡El exceso de anoche era en vano!»

Se precipita la conclusión, es preciso echar el cierre a este "*artículus*", a esta articulación que quiere de un modo filosófico encajar literatura y soberanía en el pensamiento Georges Bataille. Pero todo lo dicho hasta aquí tiene la apariencia de un discurso del sentido, de un discurso filosófico que pretendería

<sup>34</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.* p. 252, nota en la página 251.

<sup>35</sup> «La soberanía no es NADA, y cuán pesado (e inevitable) fue hacer de ella una cosa, me he esforzado en decirlo.» Y más adelante, en la última página del libro, la última frase: «Lo principal es siempre lo mismo: la soberanía no es NADA.» BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.* pp. 300 y 456.

<sup>36</sup> «Nunca sino por un desvío, la *subjetividad* es objeto del conocimiento discursivo, pero ella se *comunica de sujeto a sujeto* por un contacto sensible de la emoción: ella se comunica así en la risa, en las lágrimas, en el tumulto de la fiesta.» BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.* p. 287-288.

<sup>37</sup> BATAILLE, G., "La souveraineté", *op. cit.* p. 261.

explicar aquello que se expone en un trozo literario, como si estuvieran bien medidas las distancias entre uno y otro, como si a una filosofía le tocara resolver aquello que la literatura ha dejado velado, en la incógnita de un desvío trópico. Pero he aquí que esa frase, «¡El exceso de anoche era en vano!», donde las comillas querrían mantener incólume la literalidad, también su literariedad, ahora resiste a su inclusión en el contexto filosófico y ella misma pone también *filosóficamente* en cuestión a la filosofía que la ha traído hasta aquí. Esta frase concluye también nuestro trabajo como vano esfuerzo, nuestra esforzada reflexión, la puja filosófica para comprender el concepto de soberanía. Porque la soberanía no es un concepto, ni es reducible a concepto. Ella excede la identidad del concepto, su autonomía misma, excede la soberanía del concepto, y todo exceso para alumbrar su noche es en vano.

Aquella frase, al desviarse *por* la filosofía, al entrar en el trazado de su discurso, ha desviado asimismo *a* la filosofía. Una frase, una sola frase "literal", "literaria", puesta al final de nuestro trabajo cuestiona el poder de la filosofía, y no sólo por lo que tiene de "literal" (de filosófico), ya que no hay concepto de soberanía, ni verdad de la misma, sino desvíos trópicos, momentos literarios: hemos llegado a que la soberanía lo es siempre en simulacro y, en cierto modo, su reino lo es del fracaso: «La soberanía sólo tiene para sí el reino del fracaso»<sup>38</sup>. No sólo, decimos, porque efectivamente en nuestro escrito se ha hecho patente en razón el fracaso del pensamiento filosófico de Bataille, su exceso vano en el intento de explicitar filosóficamente lo que la soberanía es<sup>39</sup>; sino porque nuestro escrito filosófico a su vez se ha excedido por aquella frase, y caemos en la cuenta que todo el artículo no ha sido sino otro desvío, una vuelta más en el círculo de la literatura que ha capturado el deseo de verdad de la filosofía para ponerlo al servicio de la dinámica literaria.

Y así, el estatuto de aquella frase del relato de Bataille resulta ahora indecible: no se sabe, pues, si es literario o filosófico. Se hunde en la línea de borde entre ambos discursos y ninguno de ellos es capaz de apropiarse la frase: ella los excede. Ella se pasa, se sobrepasa, ella misma es un exceso.

El fracaso final es justamente una prueba de la acción soberana: sin resultado, sin utilidad, sin transacción, sin otro fin que su afirmación, sin otra

<sup>38</sup> BATAILLE, G., *La literatura y el mal*, trad. L. Ortiz, Madrid, Taurus, 1971 (reim. 1987), p. 142.

<sup>39</sup> Es claro que G.B. se embarca en una gran tarea que consiste en liberar al hombre de un pensamiento servil y de una historia que ha reducido el suceder del hombre en los últimos siglos de Occidente a un hecho de progreso o de civilización. Por su parte, esa historia ha sido a los ojos de Bataille la de una ocultación de los poderes soberanos del hombre cubiertos bajo capas de un pensamiento lógico y de buen juicio, gran empresa a la que han contribuido la filosofía, la ciencia, la economía y la religión. Como vemos se trata en él también de un proceso liberador, de una proclama de reivindicación de la soberanía, no sin la lúcida conciencia de su desajuste y de su imposibilidad. Allí donde un pensamiento lógico, articulado a fines y a argumentos, se desarrolla, la soberanía vuelve a ocultarse.



finalidad. Para nada, por nada: en vano. Este pensamiento vendría en nuestro trabajo a exponer una conclusión tética, filosófica y asimismo excesiva («casi delirante», decíamos) respecto al *corpus* de obra de Bataille: ella es un exceso en vano. Pero con ello nuestro escrito se ha contaminado de su objeto, y esa frase bien podría decirse a su vez del inconmensurable deseo de verdad que anida en el corazón de la filosofía, que la disloca y la lleva a colocar otro giro más (otro momento literario más, si se quiere) en (el) lugar de la verdad (la verdad de la soberanía, la verdad soberana también), más allá o más acá de sus resultados.

Y de este modo la soberanía funciona entonces como un *secreto* («la soberanía es el objeto que se oculta siempre»<sup>40</sup>), como el exceso nocturno que moviliza la literatura y que desvela a la filosofía, que permite a su vez el juego entre ellas, si bien no se ajusta a ninguna de ellas, como un límite entre ambas (como el límite relanza el deseo). Sólo así da sentido al pensamiento de Georges Bataille justamente por su falta de sentido, por su "ser en vano", porque en última instancia: «Hacer obra literaria no puede ser, al menos así lo creo yo, más que una *operación soberana*.»<sup>41</sup>

<sup>40</sup> BATAILLE, G., *La literatura y el mal*, op. cit., p. 141.

<sup>41</sup> BATAILLE, G., *La literatura y el mal*, op. cit., p. 140. . El subrayado es de G.B.